

CAPÍTULO 8: MÁS RELIGIÓN PREVENTIVA

La mayoría de los niños han tenido que ir al médico para que los inyecten. Todavía recuerdo el temor que suponía esa experiencia. Son muchas las historias de muchachos, que les gusta contar acerca de esas agujas largas, tan largas que atraviesan el brazo hasta el otro lado. Lo peor de todo es cuando llega el curso escolar, y todos tienen que vacunarse. Ya en ese punto, había toda clase de agujas que atravesaban los brazos. ¡El temor y el espanto eran abrumadores! Pero lo interesante que descubríamos la mayoría de nosotros, era que el dolor y el problema anticipados eran peores que la misma realidad. Cuando llegaba el momento, nos quedábamos sorprendidos de lo sencillo que era el procedimiento para los médicos y las enfermeras, porque éstos habían aprendido a hacerlo en la forma correcta.

Una vez me intervinieron quirúrgicamente, y el médico me dijo que podía irme a casa, siempre y cuando todos los días fielmente se me inyectara un antibiótico. ¡Qué bueno que podía salir del hospital e irme a casa! Pero después del primer intento fallido de mi esposa para inyectarme, y después que su padre trató varias veces, y también su hermano menor, empecé a sentirme como un cojín de alfileres, o una de esas tablas verticales que se usan para practicar el lanzamiento de dardos, así que tomé la jeringuilla para aplicármela yo mismo muy despacito. Pero ello fue peor todavía. De pronto, todos los médicos y enfermeras expertos empezaron a caerme bien.

Cuando uno pretende tratarse a sí mismo, ya sea en el campo de la medicina física, o de la espiritual, las cosas no salen bien. Necesitamos al Médico divino. Y a eso se refiere esta segunda parte del estudio, sobre la religión preventiva. Partimos de la premisa, de que los mismos ocho remedios sencillos que emplean las escuelas de ciencias de la salud y la gente que se dedica a la medicina preventiva, tienen su contraparte en la vida espiritual. En el campo físico, estos ocho remedios sencillos, los remedios de Dios, son simples agentes naturales: aire puro, luz solar, abstinencia, descanso, ejercicio, alimentación adecuada, agua pura, y confianza en el poder divino. En este capítulo, cubriremos las contrapartes espirituales de la abstinencia, el descanso, confianza en el poder divino, y la luz solar.

LA ABSTINENCIA

Abstinencia es una palabra fuerte. Convendría mejor usar la palabra temperancia; y quizás otra, aún mejor, sería dominio propio. Tanto abstinencia, como temperancia y dominio propio, son términos significativos. El dominio propio es la evidencia de nobleza en la vida del cristiano. Es digna de las mejores calificaciones. Pero ¿Qué es el dominio propio? ¿Es lo que hacemos por nosotros mismos, o es el resultado de otra cosa? Creo que ésta es una pregunta práctica que debemos considerar.

Si leemos Gálatas 5, descubriremos que, por lo menos, tres de nuestros remedios naturales forman parte de la lista conocida como los frutos del Espíritu: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”. (Gálatas 5:22-23). En esta lista notamos tres de ellas: templanza (o temperancia); paz (o descanso); y fe (o confianza). A éstas se les llama “fruto del Espíritu”. Una de las primeras cosas que descubrimos cuando consideramos la palabra “fruto”, es que éste es el resultado de algo más. Uno nunca espera el fruto en forma natural. Uno trabaja con el elemento que producirá el fruto, y éste viene como una lógica consecuencia de aquello. Por eso, dividimos en dos secciones nuestra lista de los ocho remedios naturales, aplicados al campo espiritual. Los primeros cuatro remedios, expuestos en el capítulo anterior, tienen que ver con la causa; y los últimos cuatro, a los cuales nos referiremos en este capítulo, aluden al resultado de pasar tiempo con Dios, y el compañerismo con Jesús.

De manera que el dominio propio es un fruto, o don del Espíritu Santo. No es tanto lo que se logra, sino lo que se recibe. Me pregunto cuántas veces nos habremos esforzado por obtener más dominio propio, sin ningún resultado. Pienso en cuántos de nosotros entendemos la diferencia, entre aquello sobre lo cual tenemos control, y aquello sobre lo cual no ejercemos ningún control. ¿Será necesario recordarles, que todos en este mundo estamos bajo el control de Dios, o bajo el control de Satanás? No tenemos alternativa. No existe una tercera opción. El único control que podemos ejercer es sobre nuestra decisión de cuál de estos dos poderes queremos que nos controle. Es posible que a muchas personas les cueste aceptar esto, pero es la realidad. Romanos 8 nos presenta claramente como siervos de Dios, o como servidores del enemigo, y que somos solamente uno de los dos. De manera que,

¿cuánto control deliberado ejercemos sobre nuestra vida?

Lo único con que contamos es la elección de decidir entrar en compañerismo con el Señor Jesús, y decidir si mantenemos esa relación, o la disolvemos. Si desafortunadamente elegimos no ponernos bajo el control de Dios, automáticamente nos pondremos bajo el control del enemigo de las almas.

El resultado de elegir ser controlados por Dios es algo que siempre será nuestro y nunca se nos quitará, lo que podríamos llamar “el dominio de Dios” más bien que “el dominio propio”. Es cierto que Dios siempre toma en cuenta nuestras habilidades. Él obra por medio de nosotros, y nunca de otra manera. Pero el control (o dominio) de Dios, permite que personas como el apóstol Pablo puedan decir: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”. (Gálatas 2:20) y “Dios es el que obra en ustedes, tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad”. (Filipenses 2:13). Por lo tanto, hay dos clases de control. Uno es el que nosotros podemos escoger. Para obtenerlo, tenemos que hacer uso de nuestro mejor esfuerzo, determinación, firmeza moral y dominio propio. Dicha elección tiene que ver con cuál de los dos poderes queremos que nos controle. El otro es un fruto del Espíritu Santo, que se produce como resultado de nuestra elección. Si elegimos que nuestra vida sea controlada por Dios, recibiremos algo mucho mejor que simplemente dominio propio. Dios mismo controlará nuestros apetitos, pasiones, pensamientos, palabras, actos, motivos, propósitos, y afectos.

El ejemplo más común de dominio propio, al cual siempre se refiere la gente, es el relativo al apetito. Convendría observar cómo actúa realmente el control de nuestro apetito. ¿Cuántos hemos tratado alguna vez de controlar el apetito? Pregunta impropia, ¿no es cierto? Creo que hasta las personas más delgadas están dispuestas a admitir que el apetito es un verdadero problema. Varios me lo han dicho.

La persona nunca será verdaderamente temperante, hasta que la gracia de Cristo sea un principio dominante en su corazón. Todos los votos del mundo no harán a nadie un reformador de la salud. Ni la más sencilla restricción en su dieta, lo curará de la enfermedad del apetito irrefrenable.

Usted no practicará la temperancia en todas las cosas, hasta que su corazón sea transformado por la gracia de Dios. Las circunstancias no producen reformas. Pero el cristianismo propone una reforma del corazón. La obra que Cristo realiza en el interior se revelará en las decisiones de una mente convertida. El plan de empezar desde afuera y tratar de obrar hacia adentro, siempre ha fallado y siempre será un fracaso. El plan que Dios tiene para usted es empezar en la raíz misma de todas sus dificultades: el corazón. Entonces, desde allí brotarán los principios de la justificación. La reforma será tanto externa como interna.

Por eso, entre todas las cosas, la salud, la alimentación, y el apetito son categorías desafiantes, para cuyo exitoso tratamiento nuestra única esperanza radica en el fruto del Espíritu. Si el dominio propio, que usted ha estado ejerciendo hasta aquí, es el fruto de su esfuerzo, entonces usted se lleva la gloria. La persona de carácter fuerte que vive una vida apartada de Jesús, y cuya

religión consiste en tratar de hacer lo correcto, y que piensa que tiene éxito, descubrirá, tarde o temprano, que este tipo de control o dominio propio a la larga no funciona. No le dará la victoria definitiva. Pero si acepta el dominio propio como fruto del Espíritu, y no como fruto de su esfuerzo personal, entonces descubrirá la clase de control que proviene de Dios. Este tiene que ver, no solamente con los actos externos, sino sobre todo con el corazón, los motivos íntimos, así como con los propósitos, sentimientos e inclinaciones. Entonces sí, es algo que vale la pena.

Quisiera invitarlo a destacar esto, ya sea que se refiera a la escalera de Pedro en su segunda carta, el capítulo 1, o a la temperancia, que es parte del desarrollo de la vida cristiana. No importa el nombre que le dé, es un fruto del Espíritu, no el fruto de la persona. Permitamos también su desarrollo. Los que aceptan por primera vez el cristianismo, los que descubren que carecen de dominio propio, deben recordar que los bebitos recién nacidos tampoco tienen mucho dominio propio. Por eso usan pañales y cosas por el estilo, y por eso a los tales se les perdonan sus molestias. El control o dominio propio forma parte del crecimiento en la vida cristiana. Me alegra que Dios lo vea así, ¿y usted?

LA PAZ

Ahora quiero referirme a otro fruto del Espíritu, presente en la lista de Gálatas 5, llamado PAZ. En todos los demás lugares de la lista de remedios preventivos se le llama “descanso”. En Mateo 11:28, Jesús dijo: “Venid a mí todos los que están fatigados y cargados, y yo los haré descansar”. Es un don. Y el ejercitarlo requiere descanso.

Tengo un amigo que hacía lo correcto cuando se trataba de la dieta prescrita y el ejercicio indicado. Él pensaba que estaba en buena forma, hasta que después de un examen médico, descubrió que necesitaba someterse a una operación de corazón abierto para que se le colocaran tres o cuatro puentes en las arterias. ¡Tenía problemas! ¿Por qué? Porque vivía una vida de constantes tensiones, y éstas dañan el sistema cardiovascular. Aparentemente, todo el mundo está lleno de tensiones. Piense en esto, en términos de la vida física. A los californianos se los conoce como gente que siempre manejan por la vía más rápida. Viven bajo el mismo ritmo y propósito de los primeros pobladores de la región: la búsqueda de oro.

Yo he tenido el privilegio de mudarme un par de veces de California a Óregon y a Colorado, respectivamente. En Óregon, los que pierden un día de trabajo no se preocupan. Por eso tienen fruta envasada en el sótano. Pueden sentarse en la escalera trasera, y observar la puesta del sol. Tienen tiempo para hacerlo. Y lo disfrutan.

Recuerdo el primer día que pasé en un pueblo del Estado de Colorado. Yo esperaba dentro de mi carro detrás de otro, cuyo chofer aguardaba a que la luz verde cambiara a roja. Casi me dio un ataque de corazón. De pronto, reflexioné. Era maravilloso que alguien pudiera hacer eso. El ritmo de vida del pueblo era tranquilo. La gente podía darse el lujo de andar por las calles, y saludar a otras personas. Así que un día traté también de esperar que la luz verde cambiara a roja, pero ello me ocasionó más tensión, porque detrás de mí, venía alguien que creo que era californiano.

Debemos disfrutar del privilegio de poder ir despacio de vez en cuando en la vida, y salirnos de la loca carrera que daña a todos. Lo necesitamos. Pero lo necesitamos aún más cuando se trata de la vida espiritual.

¿En qué consiste la tensión espiritual? La tensión espiritual más pesada, que envuelve a los cristianos en todo lugar, incluyendo su propio entorno, es: “¿Lo lograré?” “¿Cómo saber si estoy bien con Dios?” Pero se nos dice que esta clase de tensión no es saludable, ni necesaria. ¿Lo sabía usted? No deberíamos centrarnos en nosotros mismos, ni espaciarnos en la ansiedad y el temor de si

seremos salvos o no. Como adventistas, mucho hemos pensado en si podemos estar seguros o no, de nuestra salvación.

Todo esto nos aparta de la Fuente de nuestra fortaleza. Encomendemos a Dios nuestro camino, y confiemos en Él. Hablemos de Jesús y pensemos en Él. Que nuestro yo se pierda en Él. Descansemos en Dios. Él es capaz de proteger lo que le hemos confiado. Si nos ponemos en sus manos, nos hará más que vencedores mediante Aquel que nos amó.

De manera que si prestamos sabia atención a los primeros cuatro remedios: el compañerismo con Jesús, el tiempo pasado estudiando su Palabra y sobre nuestras rodillas, más tiempo especial cada día en el servicio y el trabajo misionero; el Espíritu Santo nos dará la certidumbre de que todo está bien, que Jesús ha hecho un sacrificio más que suficiente y eficaz; que la cruz es la real garantía del amor de Dios por cada uno de nosotros, y que Él está más que interesado en llevarnos al Cielo, antes de mantenernos en esta tierra. ¿Ha encontrado descanso en esta verdad?

¿Ha aceptado ese descanso? ¿No es lo que Jesús nos invita a hacer? No se afane ni se abrume más con esto. El descanso es un don. Es suyo, y siempre lo será, mientras se mantenga en los brazos de su amante Padre celestial cada día.

El otro aspecto del descanso deriva del conocimiento de que Dios es capaz de terminar lo que ha comenzado. Podemos disfrutar de paz y seguridad, al saber que Dios sigue en el timón, que Él sigue siendo el que se sienta sobre el globo de la tierra, mientras sus criaturas son como langostas cuando se proponen impedir sus planes. ¡Qué alentador es saber que los planes de Dios no conocen premura ni demora!

Ello también incluye sus planes para la Iglesia. Quisiera recordarle, que algunos tenemos la profunda convicción de que Dios sigue dirigiendo su obra. Admito que fui un tanto irónico, como muchos, en cuanto al gran elefante blanco llamado organización. Pero he estado observando, y cada día estoy más convencido de que Dios está a cargo de su pueblo, y podemos confiar en Él. Veamos algo que nos llega desde los días de nuestros pioneros:

“No se preocupe. La obra se encuentra bajo la supervisión del Maestro bendito... Todos los aspectos de su obra, nuestras iglesias, misiones, escuelas sabáticas e instituciones, están sobre su corazón. ¿Por qué preocuparse? El intenso deseo de ver a la iglesia rebosante de vida debe estar templado por la confianza total en Dios; porque “sin mí, dijo el gran Portador de cargas, nada podéis hacer”. “Sígueme a mí”. Él es el guía; a nosotros nos toca seguirlo. Que nadie abuse de las facultades que Dios le ha dado, en un esfuerzo por hacer adelantar más rápidamente la obra del Señor. El poder del hombre no puede hacer que la obra progrese; el poder de las inteligencias celestiales debe unirse con el esfuerzo humano. Sólo así se puede perfeccionar la obra de Dios. El hombre no puede realizar la parte de la obra que a Dios le corresponde. Un Pablo puede plantar la semilla, y un Apolos regarla, pero Dios es quien le da el crecimiento. El hombre debe colaborar con los agentes divinos con toda sencillez y mansedumbre, haciendo siempre lo mejor que puede, pero manteniendo siempre presente, el hecho de que Dios es el obrero Maestro. No debe llenarse de confianza propia, porque al hacerlo agotará las reservas de su fuerza, y destruirá sus facultades mentales y físicas. Aunque se eliminara a todos los obreros que actualmente llevan las responsabilidades más pesadas, la obra de Dios continuaría progresando”. (7TPI 282-283).

¡Esto es interesante! Usted puede confiar en Dios. Puede tener paz. La paz es un don del Espíritu Santo, si usted se mantiene cerca de Dios. Acepte hoy su paz y descanso, en relación con su poder y capacidad para terminar lo que Él ha comenzado.

LA CONFIANZA EN DIOS

El siguiente remedio es la confianza en el poder divino. Confianza es sinónimo de fe. De

hecho, es la mejor definición de fe. ¿De dónde viene la confianza? Es un fruto del Espíritu. Todos reciben una dosis suficiente de confianza para comenzar la vida cristiana. Y Efesios 2:8 nos recuerda que es un don: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por la fe. Y esto no proviene de ustedes, sino que es el don de Dios”. Si su fe es un fruto fabricado por usted mismo, entonces todo lo que tiene y es, se traduce en simple pensamiento positivo. Si su fe es el fruto del Espíritu, entonces lo que debe tener es una relación con Dios, a través de la cual viene la confianza. Y siempre se tratará de la confianza en Jesús, no en lo que nosotros mismos podemos hacer. El verdadero cristiano, el que vive cerca de Dios, desconfía de sí mismo, aunque reconoce su valía personal, y sabe que es de valor eterno ante la vista del Cielo, pero confía solamente en Jesús. El que confía en su propio corazón, es necio (véase Proverbios 28:26). Pero el que confía en Jesús será fuerte, y realizará obras poderosas.

LA LUZ DEL SOL

Finalmente, si utilizamos los sencillos remedios, el estudio de la Palabra, la oración, el servicio cristiano para alcanzar a otros, y la recepción de los frutos del Espíritu, Jesús, el Hijo Justo, será siempre el centro de nuestros más caros intereses. Malaquías 4:2, hablando de Jesús y la luz del sol, dice: “Pero para ustedes que respetan mi Nombre, nacerá el Sol de Justicia, y en sus alas traerá sanidad”. Todos sabemos el invalorable beneficio del sol. Los que vivimos en zonas frías, tratamos de ir a la playa o a las montañas por lo menos una vez al año, para tomar un poquito de sol. Por lo menos, así debería ser. Los médicos así lo recomiendan. Y conocemos los elementos curativos de los rayos del sol. El astro rey echa fuera las tinieblas, derrite el rocío y la bruma, disipa la niebla con su fulgor. Cuando meditamos en Jesús, pensamos en la brillante luz del sol.

“El Sol de Justicia”. ¿Por qué? Porque su justicia es gloriosa, como el esplendor del sol. Y rodea la tierra con una atmósfera de gracia que cada persona puede recibir si lo desea. Agradezco por “la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo”. (Juan 1:9). Agradezco que Jesús haya dicho: “Yo soy la Luz del mundo”. Me siento muy agradecido también, porque a través de todos estos remedios, podemos ver a Jesús.

¿Qué otro nombre, sino el nombre de Jesús puede ayudar a los seres humanos a vivir en paz? ¡Cómo quisiéramos que el mundo descubriera esto! ¿Qué otro nombre, sino el nombre de Jesús puede ayudar al hombre a morir en paz? Millones de personas han pasado al valle de sombra y muerte, con el nombre de Jesús en sus labios mustios, y para ellos, el valle ha sido transformado por su luz y su gloria; y las sombras han desaparecido, en la medida que el “Sol de Justicia” alumbró sus últimos momentos con colores esplendentes. Jesús es la figura suprema de todas las edades, y cada día se manifiesta en forma más poderosa. Reinos, potencias y monarquías están desapareciendo rápidamente. Grandes nombres desaparecen y pronto caen en el olvido, uno tras otro. Pero el nombre sempiterno de Jesús, siempre se ilumina de poder y gloria. Jesús, ¡Cuán maravilloso y precioso es su nombre! Él es el Príncipe de paz, el poderoso Dios y el Rey que viene.

“¡Que todos aclamen el poderoso Nombre de Jesús. Que los ángeles se postren a sus pies. Traed la diadema real y coronadle Señor de señores!”